

Verdaderamente, esto ya es mucho, porque el hombre desecha lo superfluo; pero entendemos que esto más bien es riqueza que pobreza. ¿Qué tesoro mayor que no apetecer lo innecesario? Y cuando se tiene lo necesario, ¿dónde está la pobreza?

Mucho más nos agrada esta otra definición: *Pobreza es la abdicación voluntaria de todas las cosas temporales por amor de Dios y deseo de la perfección* (1); de tal suerte que, como solía decir San Ignacio de Loyola, el hombre se encuentra á la manera de una estatua, que no se altera porque la despojen de sus preciosos vestidos y adornos. (Libr. II, *De bono*.)

De este modo, llevado á la perfección, fué siempre la pobreza de Cristo nuestro Señor, quien, siendo riquísimo en todas las cosas, como Rey de cielos y tierra, quiso voluntariamente ser el más pobre de los hombres, para darnos ejemplo, y lo llevó á cabo por tan extremada manera, que llegó á decir de sí mismo: *Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.* (Matth., VIII, 20.)

Así tuvo lugar en la Cruz, donde el divino Salvador pendía enteramente desnudo, á la vista del populacho fiero; pero, esto no obstante, allí conservó su propia figura, su color y magnitud propios, como pertenencia de su humanidad sacrosanta; no así aconteció en la sagrada Eucaristía, pues en ella se hizo voluntariamente aún más pobre, despojándose hasta de las apariencias, no teniendo adherencia ni con los accidentes sacramentales que le cubren. ¡Qué pobreza! ¡Qué modelo! ¡Qué enseñanza!

Considerémoslo bien. Jesucristo en el Santísimo Sacramento se ofrece á nuestra inteligencia *absolutamente* pobre. Pobre de *bienes materiales*, pues todo cuanto le rodea nada es suyo, todo es prestado, todo de limosna, todo á voluntad de los fieles, que lo quitan ó ponen, aumentan ó disminuyen según su voluntad. Pobre en los *bienes del corazón*, pues él tiene sed de amor nuestro y merece amor infinito, y, sin embargo, ¡cuán poco amado es de la mayor parte de los hombres! ¿Por qué le dejamos tan podre de nuestros amores, queriendo Él que le amemos únicamente para hacernos ricos?

Jesucristo pobre en la Eucaristía experimenta todos los efectos de la pobreza, y muy en especial el alejamiento de Él, el desprecio y la contradicción. ¡Se alejan del tabernáculo muchos llama-

secundum rationem status contenti sumus. (Jac. Alv. de Paz, tomo II, lib. III, p. I cap. IX, § 11.)

(1) El mismo Alvarez de Paz, lib. V, p. I, cap. I.

dos cristianos, apenas le visitan; rara vez se complacen en obsequiarle, y les parece mucho sentarse una vez al año en su mesa! ¡Cuán pobre le dejan en su amor, teniendo Jesucristo sus complacencias en morar con los hijos de los hombres! Y en cuanto á los desprecios y contradicciones, ¿quién no lo presencia? ¿Quién no lo ve con sus propios ojos, sintiendo honda pena en su corazón?

Sin embargo, ¡cuán generoso se ostenta el corazón de Jesús sacramentado en medio de su pobreza! Él se complace en ser pobre, para consolarnos en nuestras indigencias; pobre para atraer más fácilmente á los pobres; pobre para despegar nuestro corazón de los bienes de la tierra y enriquecernos con los del cielo. ¡Ah, Señor! ¡Cuán ricos nos haces con tu pobreza y con los tesoros de tu corazón divino en el Sacramento de tu amor!

II. LECCIONES DE CASTIDAD.—Finalmente, el Señor Sacramentado nos da lecciones sobre todo encarecimiento grandes respecto de la *virtud angelica*. Él, en su vida mortal sobre la tierra, fué siempre amante de la pureza de alma y de cuerpo, y por eso, al elegir Madre según la carne, quiso nacer de la purísima Virgen María; quiso ser llamado Cordero inmaculado, que se apacienta entre los lirios, simbolo de limpieza virginal; quiso ser amado particularmente de las almas castas, y tuvo complacencia en que el discípulo Juan se reclinara sobre su pecho y penetrara los íntimos secretos de su Corazón.

Pero sobre todo, cuando ya glorificado se ofrece á nuestra adoración en el Pan eucarístico, todo revela y enseña el virginal candor y la eximia pureza de tan augusto Sacramento. El pan que sirve de materia ha de ser blanco y limpio; el vino puro y sin mezcla; los lienzos de hilo donde se aposenta, como nieve caída del cielo; los vasos sagrados que le contienen, de oro ó de plata purísimos; y no ha de estar nunca ni en el altar, ni en el tabernáculo, ni en parte alguna, sin luces esplendorosas que denoten la santidad inmaculada de su esencia soberana. ¡Cuánto puede aprender el alma en un cuarto de hora de contemplación ante la augusta presencia de Jesús Sacramentado! Si la Eucaristía en sí misma, y todo cuanto á ella concierne es inmaculado, como la milicia angélica que extiende sus blancas alas entonando himnos de gloria en torno del Sagrario, ¿cuál deberá ser la pureza del sacerdote que consagra, de nos ministros que le ayudan, del pueblo fiel que lo presencia y de los que se acercan á la Mesa sagrada para recibir en su corazón el Pan de los ángeles, el Rey de la gloria, velado bajo los purísimos accidentes de la santa Hostia?

12. Dejamos á la piadosa consideración de las almas buenas, y nosotros sólo decimos que no hay lecciones más hermosas ni más expresivas que las recibidas por el alma de fe en la solitaria contemplación del Santísimo Sacramento, pues allí la Sabiduría eterna nos habla al corazón, suave, tierna y amorosamente, sin elocuencias humanas, sin ruidos de palabras, sin los truenos aterradores del Sinaí y sin las refulgencias deslumbrantes del Tábor.

Si nuestro amadísimo Jesús se ostentara á nuestros ojos en la Eucaristía con el radiante vestido de gloria que tiene en el cielo, ¿quién osaría llegarse á El, viéndole rodeado de la majestad de sus soberanos resplandores? ¿Quién, al ver sus propias miserias é imperfecciones, tendría valor para arrostrar sereno la presencia de Cristo glorioso? Y si alguno fuera capaz de ello, haríalo temblando y sin atreverse á comunicarle sus necesidades, ni sus trabajos, ni aun siquiera sus amores.

Mucho hizo en nuestro obsequio el Redentor dulcísimo ocultando en la Encarnación los eternos fulgores de su divinidad; pero mucho más accesible se nos hizo abajándose hasta el extremo de velar su humanidad sacratísima en el Sacramento eucarístico. Allí calla, pero allí enseña; porque la *humildad*, *mansedumbre* y *paciencia* que en El contemplamos, juntamente con la *obediencia*, *pobreza* y *castidad*, que no podemos menos de ver, nos están dando voces, diciendo: «¡Oh cristianos! Aprended á los pies de Jesús sacramentado las amorosas lecciones de las virtudes todas.»

No es posible, ni entra en nuestro propósito, enumerarlas una por una; pero no podemos prescindir de indicar algunas otras importantísimas, y ésta será la dulce tarea que nos ocupe en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Prosiguen las lecciones del Santísimo Sacramento.

- 1.** Un amigo fiel.—**2.** Nuestro corazón debe estar en el Sagrario.—**3.** Cómo ha de estar y permanecer allí.

UN amigo fiel—leemos en el Eclesiástico—*es una protección fuerte, y el que le encuentra tiene un tesoro* (1). Es muy difícil, decimos, encontrar un buen amigo, porque en este mundo cada cual mira á su interés propio, y tanto te quiero cuanto te necesito ó me puedes favorecer. Verdaderamente, mucho hay de esto; pero nosotros afirmamos que todos, si queremos, podemos hallar un amigo fidelísimo, poderosísimo y desinteresadísimo, que únicamente se ocupe de nuestro bien y de prodigarnos grandiosas mercedes. Este amigo fiel, ya se habrá adivinado, es *Jesús en la Eucaristía*, donde, tierno y amoroso, nos ofrece y nos entrega su Corazón divino en prenda de eterna gloria, derramando en nuestra alma todos los inexhaustos tesoros de su omnipotencia y de sus gracias celestiales.

2. Pues bien: si ese es nuestro amigo, ese es nuestro tesoro, y *donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazón* (2). El Corazón de Jesús Sacramentado está en el nuestro, porque somos sus amigos; el nuestro debe estar en el Sagrario, por idéntica razón. Su corazón es nuestro, el nuestro suyo, y ambos deben latir al unisono, como respirando de un solo espíritu y viviendo de una misma vida. Ya lo dijo el Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y Yo en él: vive por mí.*

El corazón del amigo está donde ama, más que donde anima, y por eso nuestro corazón debe estar fijo en el Corazón de Jesús Sacramentado, quien amorosamente está exigiendo todo nuestro

(1) Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit illum, invenit thesaurum. (Eecl., VI, 14.)

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (Matth., VI, 21.)